

ESTUDIOS RECIENTES SOBRE ARTE HISPANICO

POR
EL MARQUÉS DE LOZOYA

LA copiosísima producción artística americana durante la época de los virreinos es acaso la última de las revelaciones que han venido a enriquecer la cultura occidental.

Así como hubo épocas en que las personas de buen gusto ignoraban la belleza de la arquitectura gótica, los aficionados al estudio del arte antiguo y aun los mismos historiadores de las escuelas artísticas desconocían o aparentaban desconocer que en una extensión inmensa, desde las Misiones de los Estados Unidos hasta el Cabo de Hornos, florecía con exuberancia incomparable una arquitectura riquísima en formas de singular y extraña magnificencia, una escultura policromada, expresiva y patética, escuelas de pintura de fecundidad asombrosa, en cuyo arte narrativo y fastuoso hay mucho del espíritu de los primitivos europeos. En las grandes historias del arte universal publicadas hacia el 1900, o se omite totalmente el arte hispanoamericano, o se lo comenta en forma que revela pobreza de noticias y valuación deficiente. El barroco, que está en la entraña del arte hispanoamericano, diverso en sus matices pero dotado de una sólida base de unidad, era despreciado todavía aun por espíritus tan clarividentes como el de Menéndez y Pelayo.

Fueron quizá los norteamericanos los primeros en valorar el arte español en América al darse cuenta de la poesía de las misiones establecidas en su propio territorio, evocando una época de fervor monástico y de hechos heroicos que venían a iluminar territorios que forman parte de los Estados Unidos con el prestigio de una breve y poética Edad Media en pleno siglo XVIII. Este estudio les llevó a interesarse por los monumentos de Méjico, de maravillosa belleza, y la alegría de este descubrimiento se revela en sus escritos en la forma más entusiasta; poco a poco fueron surgiendo en los países hispanoamericanos historiadores de su riqueza artística. En España fué don Vicente Lampérez y Romea, el historiador de la arquitectura religiosa en España, el primero en valorar el arte español en el Nuevo Mundo en la revista *Raza Española*, que se publicaba hacia 1920.

En los primeros estudios sobre una modalidad artística recién «descubierta», suelen advertirse los errores que traen consigo la falta de información y la inexperiencia. Así, cuando en los primeros años del siglo XIX se comienza a estudiar el arte árabe, hasta entonces despreciado, los historiadores confunden con características comunes las diversas fases del estilo, muy diferentes entre sí, y un cuarto de siglo más tarde los eruditos de la época romántica confunden todas las variedades en que el gótico se fué diversificando a lo largo de tres siglos. De la misma manera, en los primeros estudios sobre arquitectura hispanoamericana es frecuente confundir con el plateresco o con el morisco las diversas variedades del barroco. El nacionalismo hacía ver la huella de las razas indígenas en adornos, que no eran sino adaptaciones provincianas del barroco español. Faltaban documentos históricos o gráficos sobre las obras de arte que permitiesen sentar teorías con cierta firmeza. Comarcas riquísimas en arte, como las márgenes del lago Titicaca o la región de Tunja, en Colombia, eran totalmente desconocidas. Actualmente, el arte hispanoamericano se estudia cada vez con más rigor científico, tanto en América como en España, pero hay todavía en la copiosa producción bibliográfica una deficiencia que es preciso eliminar. Los historiadores españoles tienen a mano la inagotable documentación del Archivo de Indias y conocen perfectamente todas las formas del arte metropolitano del cual procede la floración artística de la América española, pero, con muy raras excepciones (Angulo Iñíguez y Marco Dorta) no han realizado un estudio directo de los monumentos. En cambio, los historiadores americanos, que tienen ante sus ojos las mismas obras de arte que describen, cada vez con mayor rigor científico y con una crítica

más refinada, no tienen a mano los documentos y conocen imperfectamente el arte español. Para que se forme la gran escuela de historiadores del arte hispanoamericano, es preciso aunar de nuevo los esfuerzos de los eruditos de uno y otro lado del mar renovando el espíritu colectivo que presidió la gestación de la obra misma.

Paralelamente al importante grupo de historiadores del arte hispanoamericano en Méjico y a los núcleos de Ecuador, Argentina, Chile, Colombia, Cuba y Santo Domingo, se va formando en el Perú un importante centro de investigación en el cual es preciso señalar los nombres de Prado y de Miró Quesada. En esta pléyade destaca por la extensión y profundidad extraordinaria de su labor, por lo certero de su crítica y por el rigor científico de sus métodos, el arquitecto Emilio Harth-Terré, que hace no muchos meses, en 1945, celebró sus bodas de plata profesionales. Quiero sumarme con estas líneas al homenaje que entonces le tributaron los amigos de la cultura peruana, ya que tuve el honor de conocerle en mi breve estancia en el Perú, en el año 1941, y desde entonces sigo con provecho extraordinario su labor extensísima en libros y revistas.

Harth-Terré nació en la ciudad de Los Reyes el 28 de marzo de 1899. En 1915 ingresó en la Escuela de Ingenieros y en 1925 recibió el diploma de ingeniero arquitecto, primero que otorgaba la Escuela del Perú en esta especialidad. En 1942 era nombrado catedrático del Historia del Arte peruano en la Facultad de Letras de la Universidad Católica del Perú. Su amor a los monumentos precolombanos y virreinales le hizo especializarse en su estudio y en su restauración. En 1940 fué designado miembro del Consejo Nacional de Conservación y Restauración de Monumentos históricos, y al año siguiente recibió el encargo de estudiar la restauración de las iglesias del departamento de Puno. La lista de los encargos oficiales con que ha sido honrado y de los honores que le han sido conferidos sería muy extensa. Su reputación se extiende por toda la América española. En 1942 fué nombrado vicepresidente del Congreso Interamericano y presidente de la tercera sección, y muchas sociedades profesionales de todo el Continente le han recibido entre sus miembros.

En los estudios de Harth-Terré se advierte un profundo conocimiento de la arquitectura indígena y de la española. Su amor entrañable a la cultura peruana le ha llevado a valorar la obra de España, de la cual habla siempre con la más alta estimación. Para este gran historiador del arte lo español está en la medula del arte peruano, que es una faceta brillante de una cultura que se extien-

de desde las misiones en Norteamérica hasta el estrecho de Magallanes. A Harth-Terré se debe la sustitución del término «arte colonial», totalmente inexacto y depresivo para los países hispano-americanos, que nunca fueron colonias, y para España, que tuvo provincias, pero nunca colonias, por el de «Virreinal», expresión exacta de la modalidad artística correspondiente a una época histórica. El espíritu comprensivo y generoso del arquitecto sabe amar con idéntico amor todos los elementos que constituyen la nacionalidad y la cultura peruanas en una síntesis de fuerte personalidad. En un castellano excelente —el Perú, uno de los países en que se habla mejor la lengua materna, tiene y mantiene una gloriosa tradición de prosistas— nos va describiendo la historia de las ciudades, el espíritu de sus monumentos y de sus paisajes, los más finos matices de su arte. Para darnos cuenta del poder evocador del estilo de Emilio Harth-Terré conviene citar el prólogo escrito por él para el libro *Cabildos de Lima* (publicado por Sephy E. Scheffield en la misma ciudad de Los Reyes, en 1946). Allí se describe la evolución de la ciudad que crece como un ser viviente desde que Pizarro la instituyó en un día solemne, entre las amenas arboledas del Pimac hasta que, Corte de Virreyes, ennoblecida con iglesias magníficas, conventos, palacios y escuelas, enriquecida por la afluencia de riquezas, viene a ser la metrópoli de todo el orbe antártico. Entre los enamorados cantores de Lima, la ciudad que, según Raúl Porras, fundaran don Francisco Pizarro y don Ricardo Palma, debe contarse el arquitecto Harth-Terré.

La lista de sus publicaciones es extensísima, y en nota (1) enu-

(1) *Sobre arquitectura indígena:*

Colcahuasi, ruinas arqueológicas en el Valle de Cañete («Informaciones y memorias», órgano de la Sociedad de Ingenieros del Perú, tomo XXIII, Lima, 1921).

Incahuasi, ruinas del Valle de Cañete («Informaciones y memorias», tomo XXIV, Lima, 1922).

Acllahuasi, la Casa de las Vírgenes («Variedades», Lima, 1922).

La fortaleza de *Chuquimancu* («Revista de Arqueología», tomo I, Lima, 1923).

Redescubrimiento de *Sacsahuama* («La Nación», de Buenos Aires, 29 de julio de 1934).

Sobre el descubrimiento de las ruinas del anfiteatro de Kenko («El Comercio», Lima, 2 de mayo de 1934).

Un mero aspecto de *Machu-Pichu* («El Comercio», Lima, 3 de junio de 1934).

Los estilos de la piedra incaica («El Comercio», Cuzco, junio 1934).

Las ruinas de *Tambo Colorado* («Boletín de la Sociedad geográfica», LVI, Lima, 1938).

Sobre la arquitectura virreinal:

La restauración de la iglesia de San Francisco, en Trujillo («La Prensa», Lima, 12 de junio de 1938).

Arquitectura superuana («El Comercio», Lima, 11 de noviembre de 1940).

El arco de medio punto en la arquitectura peruana («Ingeniería», Lima, 9 de octubre de 1941).

meraremos algunas de ellas como el mejor elogio que se puede hacer de este fino y exacto escritor que al penetrar en los fundamentos tradicionales de su tierra nativa supo discernir en ellas las mejores esencias hispánicas que, por obras de guerreros y de gobernantes, de frailes y de poetas, quedaron para siempre en lo más entrañable de la cultura peruana.

La sirena en la arquitectura virreinal («Arquitectos peruano», Lima, V, año 1940).

La ermita de la Asunción en el monasterio de Nuestra Señora del Carmen («Arquitecto peruano», VII, 1940).

El colegio de Teología y Artes de Santo Tomás («Arquitecto peruano», VIII, año 1940).

La iglesia de la Compañía de Jesús en Pisco («Arquitecto peruano, IX, año 1940).

La catedral de Trujillo («Arquitecto peruano», Lima, II, 1941).

Los trazados reguladores de la arquitectura virreinal («Arquitecto peruano», III, 1941).

La catedral de Lima («Arquitecto peruano», V, 1941).

El *imafronte* de la catedral de Lima («Arquitecto peruano», VI, 1941).

Arte virreinal en Perú («Cultura peruana», X, 1941).

Tesoros de la arquitectura virreinal en Perú («Mercurio peruano», Lima, XI, 1941).

La primera iglesia agustina en Lima (San Marcelo) («El Comercio», Lima, 1.º, I, 1942).

La catedral de Lima en el siglo XVI («Arquitecto peruano», II, 1942).

Son innumerables los trabajos de Harth-Terré que se refieren a datos biográficos de artífices de la época virreinal, escultura, pintura y artes industriales en el Perú, a problemas de restauración de monumentos y de urbanización. El mejor homenaje que podría rendirse a este gran tratadista del arte peruano sería el de coleccionar estos trabajos, dispersos en revistas y periódicos, en varios volúmenes copiosamente ilustrados para deleite y provecho de cuantos se interesan por estas materias en el Viejo y en el Nuevo Mundo.

